

José Antonio Errejón Villacieros

Que no caiga la noche...

Pues finalmente parece que, en efecto, el ciclo del 15M se cerrará con un gobierno de la derecha más reaccionaria y con un PODEMOS cuya deriva¹ le podría convertir en inútil para el propósito de equilibrar las fuerzas de los de abajo con la oligarquía. Y ello en un contexto global en el que a la falta de salida de la situación de estancamiento de la economía global, la generalización del clima de guerra y el agravamiento del calentamiento global se le une ahora la aparición de un populismo reaccionario al frente de los destinos de la mayor potencia mundial. Parece inevitable así que esta situación de empate catastrófico que describía Íñigo Errejón hace un tiempo se resuelva en una derrota más de las clases subalternas en la dirección de un régimen político, económico y social de neoservidumbre, desdemocratizado y sin derechos.

En el camino se queda la socialdemocracia inspiradora del movimiento obrero reformista responsable de las conquistas sociales más avanzadas del siglo XX. Habrá quien, ente las gentes de izquierda, salude el acontecimiento con alegría; personalmente y como me ocurrió en 1989 con la caída de los regímenes de colectivismo burocrático y la marginalización de los partidos comunistas, no comparto esta alegría. Sin una alternativa operando como apoderada de las clases subalternas y de todos los que aspiramos a una sociedad regida por la democracia, la libertad y la armonía con el medio ambiente, la desaparición de la socialdemocracia es, objetivamente, una muy mala noticia para los de abajo, que no tendrán otro remedio que buscar su supervivencia en los espacios que les reserven, para su beneficio, los poderosos del nuevo régimen opresor.

Es verdad que algunos representantes de las clases poseedoras advierten contra el peligro de esta desaparición, acostumbrados como están a que la socialdemocracia jugara un papel de suavización de los conflictos sociales. Pero nosotros no debemos engañarnos; en la actualidad ninguna amenaza seria de conflicto social perturba los planes de los poderosos. Más bien parece que lo que temen estos ilustrados representantes de las clases dominantes es que el sistema, sin el contrapeso como el que ha podido representar el viejo movimiento obrero y la socialdemocracia, se precipite al abismo económico y al colapso ecológico.

Que el movimiento obrero y la socialdemocracia han sido funcionales al desarrollo capitalista y su modernización vía incrementos de productividad es algo tan obvio que no vale la pena perder mucho tiempo argumentándolo; solo los que se empecinan en encontrar explicaciones exclusivamente morales a los acontecimientos históricos insisten en hablar de la traición de uno y otra como las causas de las derrotas de los de abajo. Pero ello no implica que su desaparición sea buena para quienes han sido sus beneficiarios. Tal aberración solo se puede sostener desde una posición de cierta comodidad social al abrigo de los infortunios que pueden acarrear las políticas de los poderosos; sólo desde esta cómoda posición que permite pensar el

¹ Una deriva provocada por las reiteradas declaraciones de Iglesias y sus allegados en las que se cuestiona la eficacia del parlamento para los propósitos del cambio contraponiéndolas a la del ejecutivo. La pregunta es: para qué llamar a las urnas si no se tiene la garantía de obtener la mayoría necesaria para formar gobierno. Solo los regímenes autocráticos que celebran elecciones pueden tener seguridad de formar gobierno antes de saber los resultados

devenir histórico y creyéndose en posesión de las claves que explican el mismo, se puede entender tal dislate.

Quienes sufran la pérdida de la pensión o su reducción por debajo de los límites de la supervivencia, quienes se vean privados de los servicios públicos que les permitían disfrutar de sanidad, educación o dependencia, los que ya sufren los efectos adelantados del colapso ecológico no podrán compartir tan cómoda posición y deberán buscar dicha supervivencia aumentando su sujeción y la de sus familias a los poderosos o encuadrarse como tropa de choque en las filas de los movimientos reaccionarios que están llamando a la puerta de las “democracias liberales” de forma cada vez más insistente.

Esto no es, en todo caso, una nostálgica reivindicación del movimiento obrero y la socialdemocracia. Sus posibilidades de contribuir a la superación de la civilización capitalista probablemente siempre fueron supervaloradas. Pero ello no es óbice para que no debamos constatar que su desaparición, aquí y ahora, es una mala noticia para los de abajo, sobre todo cuando las alternativas que se postulan (el populismo de izquierdas, entre otras) ofrecen algo más que dudas.

Que la alternativa a la crisis de la izquierda tradicional sea una modalidad de populismo que hizo su fortuna en América Latina en ausencia de sólidos proyectos políticos de superación del capitalismo es un buen indicador del grave retraso en los procesos de renovación cultural de las fuerzas que se postulan para tan histórica empresa. La tragedia de estas fuerzas es que se ha consumido el siglo XX y ha comenzado el XXI sin que esta indispensable tarea se haya acometido con el rigor y la seriedad que exigían las circunstancias históricas. Agotado desde hace décadas el aliento de Octubre de 1917, agostado el impulso renovador de 1968, las izquierdas no han sido capaces de emprender con seriedad esta indispensable empresa civilizatoria. Para decirlo con más claridad, la izquierda no parece tener nada que decir ni que ofrecer a las convulsas sociedades de nuestra época para encontrar una senda de sostenibilidad ecológica, económica, social y cultural que evite el colapso al que parecemos condenados.

El primado politicista común a todas las izquierdas –salvo, quizás, la de procedencia libertaria- ha llevado a desatender aspectos de la vida cotidiana en la convicción de que conquistado el poder político, por vías parlamentarias o revolucionarias, se estaría en condiciones de acometer desde las instituciones, los cambios en las relaciones sociales en la dirección de la superación de las relaciones y la conciencia social fetichizada. Se pensaba que con “echar” a la clase social que usurpaba en su provecho el Estado guardián del interés general quedaría abierto el camino a la instauración de relaciones sociales justas e igualitarias.

No ha sido así, especialmente en aquellas experiencias surgidas de un evento “revolucionario”. En los países de regímenes de colectivismo burocrático no solo las sociedades no se han transformado en el sentido de una mayor justicia e igualdad sino que han experimentado claros retrocesos en relación con las sociedades “occidentales” con historias, estructuras sociales y culturas similares. Lo que ha facilitado en buena medida los procesos llamados de restauración capitalista, generando un tejido económico y social en el que la pobreza y la desigualdad están bien cubiertas por un estado general de injusticia amparado desde las propias esferas del poder político.

Se ha generalizado así el dominio de las relaciones sociales cosificadas y colonizado el conjunto de la vida social por la mercancía y el dinero, dejando a su

paso un rastro de descomposición del tejido social y de anomia que determina ese estado de malestar permanente que caracteriza la vida en nuestras sociedades.

De manera que quienes nos sentimos comprometidos con una nueva forma de hacer política, lo que nos trajo a PODEMOS, tenemos que prestarle una atención prioritaria a la labor de reconstrucción de nuestros ecosistemas vitales para poner freno a la erosión de este tejido que facilita el dominio del despotismo en el conjunto de las relaciones sociales. Y ello debemos hacerlo al tiempo que intensificamos nuestro trabajo en el interior de las instituciones, no podemos dejar pasar una oportunidad que no habíamos tenido durante décadas para convertir en normal (a través de las normas, para eso sirve el parlamento) lo que son las aspiraciones -en muchos casos soñadas, presentidas y casi nunca formuladas- de millones de personas habitualmente relegadas a trabajar (cuando pueden), consumir, endeudarse y votar cada cuatro años.

Es indispensable acometer esta tarea, ahora con una urgencia difícil de exagerar. Y en este camino se avanzan algunos

POSTULADOS

- El movimiento 15M y PODEMOS como uno de sus productos históricos es la más radical impugnación del injusto orden político y económico surgido de la denuncia por las élites del pacto social que subyace a la Constitución del 78. Lejos de arrinconarse en el lado izquierdo del tablero político, PODEMOS ha desarrollado desde su nacimiento una estrategia basada en la construcción del pueblo como condición de recuperación de la democracia secuestrada por las élites y las oligarquías económicas.
- La construcción del pueblo, nuestra autoconstrucción como comunidad viva de mujeres y hombres libres y protagonistas de nuestro destino colectivo, es la tarea más urgente para el rescate de la democracia y la soberanía popular. Un pueblo es un organismo vivo, en lucha permanente contra quienes quieren reducirlo a una masa amorfa pastoreada como un rebaño, mero agregado dispuesto para trabajar, consumir y legitimar las decisiones de los poderosos.
- Por esa su condición, PODEMOS postula otra forma de hacer política en la que el centro de la misma reside en la acción ciudadana más que en los aparatos de los partidos. Por eso pusimos el centro en los círculos ciudadanos, como sede permanente del empoderamiento de la sociedad civil y escuela de ejercicio del poder democrático. Postulamos un partido en las instituciones para producir las normas que precisa una sociedad compleja como la española; pero defendemos también la necesidad de un “partido comunidad” en el que las relaciones entre sus miembros vayan más allá de la pura instrumentalización del voto para ganar mayorías. Una comunidad de pensamiento pero también de voluntades y de sentimientos en la que el flujo de afectos y de cuidados se convierta en la sangre de nuestro ser colectivo.
- Las dos condiciones anteriores nos alejan de la vieja forma de hacer política en general y de la práctica habitual de los partidos de la izquierda tradicional y su cultura de aparato que asfixian la vida ciudadana y, por ende, al soberanía popular. Hacer política pero también hacer comunidad que es otra forma complementaria e indispensable de cuidarse de los asuntos públicos. Hacer comunidad primero entre nosotros y después contribuir a recuperar los lazos comunitarios, a construirnos como pueblo.
- Es por eso que contemplamos con preocupación la incorporación explícita o soterrada de sectores enteros de IU y sus organizaciones (PCE, UJCE, etc.) a PODEMOS en un intento tan conocido como demoledor por copar la estructura organizativa de PODEMOS, incluidos sus órganos de dirección. Que una organización que a lo largo de sus 30 años no ha conseguido el apoyo de la ciudadanía para sus propuestas parasite nuestra organización no puede ser

una buena noticia y así nos vemos obligados a denunciarlo. Damos la bienvenida a quienes se acerquen a PODEMOS con el propósito de construir, de ampliar el campo de quienes desean rescatar la democracia y la soberanía popular, vengan de donde vengan. Pero nos oponemos con todas nuestras fuerzas a quienes contemplan PODEMOS como un especio a conquistar desde dentro para torcer al voluntad de cambio en direcciones ya experimentadas y desahuciadas por la historia.

- La crisis del régimen del 78 de la que formaban parte también los partidos de la izquierda PSOE y PCE/IU ha venido asociada con la crisis del primero como fuerza política que lo vertebraba y garantizaba una fuente de legitimidad entre las clases subalternas. Su actual proceso de descomposición, acentuado por su apoyo a la investidura de Rajoy, produce un efecto de desempoderamiento de una parte significativa de los sectores sociales que tradicionalmente le han apoyado y sin los cuales no es posible ni viable el proceso constituyente/rescate de la democracia y la soberanía popular que postulamos. Su desempoderamiento político puede empujarlos bien hacia la abstención y la desafección ciudadana, bien a apoyar soluciones “realistas” que pueden a su vez ir desde votar a C’s a, desengañados de la izquierda, votar al PP, dependiendo del arraigo de su cultura política. Si estas opciones se consumaran y este amplio sector social abandonara el campo de la izquierda política, podríamos asegurar un muy largo período de hegemonía conservadora con efectos demoledores para las aspiraciones y los derechos de las clases subalternas.
- Lo más radical que se puede y se debe hacer en este momento histórico es desalojar al PP del Gobierno para hacer algo parcialmente distinto pero importante para mucha gente y para el país. En relación con los sectores desengañados con el PSOE es nuestra obligación intentar sumarlos a los que ya nos han otorgado su confianza para impulsar el cambio de rumbo que España necesita. Que esta ocasión se materialice dependerá de que definamos nuestro proyecto de una forma clara y en unas condiciones de viabilidad que permitan su incorporación a esta movilización social por el cambio. Tales exigencias deben prevenirnos tanto contra propuestas hace tiempo desahuciadas por el devenir histórico como contra posiciones que exijan de las mayorías sociales actitudes de enfrentamiento permanentes alejadas de las expectativas y los sentimientos mayoritarios en nuestra sociedad.
- El verbalismo pseudo-radical que ha caracterizado a una izquierda política que no ha hecho más que cosechar derrotas no será de mucha ayuda en la tarea de extender la voluntad social de cambio. Este verbalismo no solo no ayuda a hacer amigos sino que genera enemigos de forma innecesaria. Hacer política es otra cosa, implica negociar, hacer concesiones, acordar con quien no tiene las mismas posiciones que nosotros. Los que se niegan a hacerla no son radicales, se refugian en el esteticismo de las palabras reconfortantes para los convencidos.
- De los votantes que el 26J votaron al PSOE solo un 5,5% votarían PODEMOS. No debíamos perder mucho tiempo en el falso debate *calle versus instituciones*. Todos nosotros hemos estado en la calle y volveremos a hacerlo cuando haga falta pero ello no puede ser justificación para incumplir el mandato que nos han dado cinco millones de ciudadanas que es hacer llegar sus aspiraciones a la sede de la soberanía popular. Lo contrario sería tanto como confesar una impotencia culpable que podría llevar a muchos de nuestros electores a preguntarse si ha tenido sentido apoyarnos.
- La crisis del régimen del 78 ha dado lugar, de forma tan sorda como efectiva, a su sustitución por un régimen de facto en el que van desapareciendo el conjunto de instituciones y derechos que constituyeron la parte social de la

Constitución del 78 (los recortes que dejan sin efecto los derechos-prestaciones como la salud o la educación, la liquidación de la negociación colectiva y los derechos de los trabajadores, el sistema fiscal progresivo, etc.). En la consolidación de ese régimen se afana desde su llegada al Gobierno en noviembre del 2011 ante la complicidad de C's y la pasividad del PSOE, incapaz de presentar una alternativa que sea capaz de unir a las mayorías sociales en su contra. Así que asistimos a un proceso destituyente de un régimen político y a la construcción de otro de carácter oligárquico y desdemocratizador.

- Frente a ese proceso desituyente tenemos el derecho y el deber de impulsar la construcción de otro orientado a recuperar los contenidos democráticos y sociales de la Constitución del 78, a mejorar su protección (por ejemplo, los del medio ambiente y la vivienda, hoy poco más que una declaración sin fuerza jurídica) y a ampliarlos con una nueva generación de derechos (al agua, a la protección contra la dependencia, etc.) así como a encontrar una solución al problema de las relaciones entre las distintas partes del Estado garantizando para ello el derecho a decidir de los pueblos de España.
- Los avatares de la investidura que han consumido buena parte del año en curso y al secretario general del PSOE, han dejado al PP sin alternativa de gobierno. La liquidación del bipartidismo arroja como saldo la existencia de un partido gobernante, el de la derecha del régimen del 78, sostenido por aquellos otros carentes de perspectivas políticas propias (PSOE y Cs), cuya situación es tan débil que el PP pudiera estar tentado de convocar nuevas elecciones para terminar de convertirlo en "partidos-apoyo". Nuestra responsabilidad, en este contexto, es ofrecer a la mayoría que ha votado contra Rajoy, una perspectiva de cambio, mostrarle que el gobierno de la Gürtel no es inevitable.
- Los procesos de integración supranacional de los que formamos parte han sido secuestrados por la globalización neoliberal que ha acabado con lo que un día fue el modelo social europeo, pero ello no es óbice para que no reconozcamos las tensiones cosmopolitas y universalistas que lo alentaban desde lo más profundo de las sociedades. Los pueblos de Europa como los de todo el mundo quieren la paz y la libertad, y es este el fundamento más potente para el entendimiento de las personas por encima de Estados y fronteras. Estamos empeñados en el diseño de una auténtica constitución para los pueblos y los ciudadanos de Europa, entendiendo por tales cuantos se manifiestan como una voluntad colectiva y quienes viven y trabajan en Europa.
- Nuestro territorio y la diversidad biológica cultural que lo constituye son nuestro principal patrimonio común y la condición de nuestra existencia colectiva, hoy gravemente amenazada por un modelo de crecimiento económico que los percibe como meros recursos productivos. La globalización neoliberal ha acentuado hasta el paroxismo los efectos dañinos de este modelo, especialmente en lo que concierne al calentamiento global, la más grave amenaza que pende sobre nuestra especie y la biosfera.
- Los Estados nacionales y el orden internacional que los agrupa no han superado el ámbito de la guerra de todos contra todos y constituyen, por eso, una grave rémora para la profundización en las tendencias bienhechoras y universalistas que defendemos.

Parecería que las sociedades de nuestro tiempo -y la española en particular- están a tiempo de hundirse en una nueva noche histórica. Amenazas de una gravedad sin precedentes nublan el horizonte de la vida colectiva y el temor que generan alimenta la posibilidad de gobiernos autoritarios que cuiden de nosotros a cambio de entregarles nuestro trabajo y la totalidad de lo que nos constituye como seres humanos.

Frente a tales amenazas, los instrumentos levantados por el mundo del trabajo y por las gentes amantes de la libertad, la justicia y la igualdad se muestran como insuficientes porque no han sido capaces de incorporar la acción humana en su conjunto para frenar los factores que amenazan su supervivencia. En este extremo de Europa que llamamos España se levantó hace 5 años un movimiento de dignidad que se ha prolongado e institucionalizado en PODEMOS. No podemos permitir que las viejas categorías, ya experimentadas y fracasadas en el siglo pasado, asfixien la potencia y el vigor de lo nuevo.

No podemos permitir que, de nuevo, caiga la noche.